

## La sacramentalidad de la esperanza en Agustín de Hipona

### RESUMEN:

A partir del estudio inicial sobre la sacramentalidad de la Pascua, sabiendo los elementos necesarios para que una celebración sea celebrada como sacramento, es decir, que haya memoria de hechos acaecidos en Jesús, que haya una significación oculta y que sea recibida santamente, se pasa a recordar la sacramentalidad de la Palabra y del testimonio de caridad comunitario. Ahora se estudia la sacramentalidad de la esperanza para mostrar cómo sólo la esperanza puede abrir al futuro en Dios o, lo que es lo mismo, sólo Dios puede llenar la sed de esperanza del hombre. Se hace un breve repaso a los textos del Jubileo de la esperanza de este año 2025 y se culmina con el análisis del Sermón 234 de san Agustín donde se analiza la esperanza en el relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos caminantes.

PALABRAS CLAVE: Sacramentalidad, esperanza, Agustín, Palabra, fe, caridad.

### ABSTRACT:

Starting with the initial study of the sacramentality of Easter, understanding the necessary elements for a celebration to be celebrated as a sacrament—that is, the memory of the events that occurred in Jesus, the presence of a hidden meaning, and the holy reception—we move on to a review of the sacramentality of the Word and the witness of communal charity. We now study the sacramentality of hope to show how only hope can open us to the future in God, or, in other words, only God can fill humankind's thirst for hope. We briefly review the texts for the Jubilee of Hope for this year, 2025, and conclude with an analysis of Saint Augustine's Sermon 234, which examines hope in the account of the appearance of the risen Jesus to the two wayfarers.

KEYWORDS: Sacramentality, hope, Augustine, Word, faith, charity.

## 1. LA PASCUA Y LA ESPERANZA

En mis estudios sobre san Agustín he dedicado una atención preferente a la forma como concibe la Pascua. El estudio inicial me llevó a las cartas 54 y 55<sup>1</sup> en las que responde a unas cuestiones que le plantea un tal Jenaro<sup>2</sup>. La segunda de estas cartas se conoce también como un tratado titulado *Ad inquisitiones Ianuarii*, por la extensión y profundidad que tiene. Agustín nos trasmite la pregunta que su corresponsal le formula y que da pie a su reflexión.

Me preguntas «por qué el aniversario en que se celebra la pasión del Señor no cae siempre en el mismo día del año, a diferencia del día en que nació, según la tradición». Luego añades: «Si esto es por influencia del sábado y de la luna, ¿qué tienen que ver aquí la observancia del sábado y la luna?» (*Ep. 55,1,2*).

En su respuesta Agustín introduce un concepto nuevo, el concepto sacramento. Como tal no tenía precedentes en la reflexión teológica. Esta categoría sacramental que explica va a ser la diferencia entre la Navidad y la Pascua que es lo que le preguntaba Jenaro. Ya se puede presumir la importancia transcendental que la definición de este concepto va a tener para la teología de san Agustín y la que va a tener para la posteridad.<sup>3</sup> Dice:

---

<sup>1</sup> La tesis doctoral, tardía, fue: J. TORRA, *La sacramentalitat de la Pasqua en les cartes 54 i 55 de sant Agustí* (Col·lectània Sant Pacià 114), Barcelona: Ateneu Universitari Sant Pacià, Facultat de Teologia de Catalunya 2017. La versión castellana, J. TORRA, *La sacramentalidad de la Pascua en las cartas 54 y 55 de san Agustín* (Biblioteca Litúrgica 65), Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona 2022. Publiqué además el texto de las cartas en J. TORRA, *San Agustín. Respuesta a las cuestiones presentadas por Jenaro* (Cuadernos Phase 267), Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2022. El texto de las cartas corresponde a la edición de MIGNE, *Patrologia latina*, PL 33, 199-223, publicado en: L. CILLERUELO, *Traducción y notas*, en: *Obras completas de San Agustín VIII. Cartas (Iº) 1-123*, Madrid: BAC 69 <sup>3</sup>1986.

<sup>2</sup> No sabemos casi nada de él. Es posible que se conocieran y que hubieran mantenido algún contacto personal esporádico. Sabemos que está muy preocupado por las diferentes prácticas litúrgicas que ha observado en sus viajes, cf. J. TORRA, *La sacramentalidad...*, 24-26.

<sup>3</sup> Lo analizamos a fondo en J. TORRA, *La sacramentalidad...*, 131-169.

En primer lugar, debes saber que el día de la Natividad del Señor no se celebra como sacramento. Sólo se hace conmemoración del nacimiento, y para eso bastaba señalar, con devota festividad, el día correspondiente del año en que el suceso tuvo lugar (*Ep. 55,1,2*).

Es lógico que se vea obligado a precisar qué es lo que entiende por sacramento, concepto que en aquellos momentos históricos estaba todavía en fase de formación. La definición agustiniana pasa a ser fundamental para la historia de la sacramentología. Se convierte en el principio general –previo– que permite saber cuándo hay sacramento en una celebración:

Hay sacramento en una celebración cuando la conmemoración de lo acaecido se hace de modo que se sobrentienda al mismo tiempo que hay un oculto significado y que ese significado debe recibirse santamente (*Ep. 55,1,2*).

En la reflexión agustiniana por lo tanto son tres las condiciones indispensables para que haya sacramento en una celebración o, lo que es lo mismo, el concepto sacramento debe tener estas tres notas distintivas; todas ellas.<sup>4</sup> En primer lugar tiene que haber una conmemoración de los hechos acaecidos en el pasado, algo que va más allá del mundo de los signos materiales y que los determina, y que se cumple tanto por Navidad como por Pascua. Tiene que haber, en segundo lugar, un significado oculto, y aquí la diferencia de significación es ya mayor entre ambas celebraciones; este significado, además puede que no sea comprensible de manera evidente, a simple vista podríamos decir. Y,

---

<sup>4</sup> La precisión es importante porque es lo que le permite a Agustín mostrar como participar en una celebración, no significa de ningún modo que se haya llegado a la plenitud sacramental que la celebración reclama. La celebración cristiana no es automática ni mágica. La reflexión es apropiada porque con toda lógica en su tiempo se está perdiendo la ley del arcano que sólo permitía la participación de aquéllos iniciados que podían comprender el significado oculto y en consecuencia recibirla en su vida creciendo en la santidad. Poco más tarde de los textos que analizamos, a Agustín se le va a plantear algo parecido desde la santidad del ministro en la polémica antidonatista y Agustín tendrá que mostrar la diferencia entre la eficacia, de la que no se puede dudar, y el fruto de la celebración, es decir, la santidad. Estas reflexiones ayudan a comprender prácticas sacramentales que se dan en la actualidad y que preocupan desde el análisis de la pastoral sacramental.

por último, este significado oculto tiene que poder ser recibido santiamente, algo que se produce de manera especial y única, en la festividad pascual porque está vinculada intrínsecamente a la iniciación cristiana que no es porque sí que se celebra en esta fecha.

En consecuencia cuando Agustín lo aplica a la Pascua no lo hace como si fuera un ejemplo más entre otros posibles o como si lo usara porque es el que se ha usado en lo que le han preguntado, sino que lo hace porque en la celebración de la Pascua es cuando se visibiliza todo el proceso que comporta la sacramentalidad. En efecto, en la celebración pascual se celebran hechos históricos sucedidos en Jesús, que se traen a la memoria. Pero no son unos hechos cualesquiera de la vida de Jesús; en la Pascua el hecho que se rememora es su tránsito de muerte a vida, de la pasión a la resurrección, porque éste es el momento salvador por excelencia de Jesús. Y lo es porque –en tercer lugar– este tránsito suyo consagra nuestro tránsito también de la muerte a la vida. Por ello es celebrado de manera doble, individualmente, por la fe, la esperanza y la caridad, y en la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Esta es la sacramentalidad de la que goza cualquier signo verdaderamente cristiano. Y, viceversa, en cada signo podemos y debemos preguntar por el grado de sacramentalidad de la que goza.

Dice el Apóstol: «Murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Rom 4,25). En esta muerte y resurrección del Señor queda consagrado el tránsito de la muerte a la vida (*Ep.* 55,1,2).

Por eso, remarca Agustín, porque estos hechos de Jesús han sido realizados «por nuestros pecados» y «para nuestra justificación», su muerte y resurrección, su tránsito, su Pascua, consagra el tránsito del hombre, la Pascua del creyente, su paso del pecado a la justificación, de la muerte a la vida, que es lo que propiamente se celebra en la festividad pascual, tránsito que sólo es posible porque Dios mismo lo hace real.<sup>5</sup> Este es el elemento sagrado, esto lo convierte en sacramental; lo es porque el Señor lo ha sacralizado. Es él quien convierte la celebración pascual en una celebración que debe ser celebrada *in sacramento*.

---

<sup>5</sup> Tendremos que esperar todavía en la historia para precisar la acción del Espíritu en la celebración sacramental.

La conclusión a la que llega Agustín en nuestro texto es firme y precede a una larga argumentación bíblica, especialmente paulina, a la que nos continuaremos refiriendo. De momento su sentencia es clara:

Este tránsito lo realizamos actualmente por la fe que se da en nosotros para la remisión de los pecados en la esperanza de la vida eterna, mientras amemos a Dios y al prójimo (*Ep. 55,2,3*).

La sacramentalidad que ha establecido comporta ser consciente de que la fe tiene este componente de mirada a los hechos de Jesús con la certeza de que se han producido para la remisión de los pecados –el pasado–; que la caridad es la consecuencia lógica de esta acción sagrada de Dios en la persona fiel y en la Iglesia que puede y debe vivir ya en este amor a Dios y al prójimo –el presente–. Todo ello, claro está, «en la esperanza de la vida eterna» –el futuro–.

## 2. LA SACRAMENTALIDAD DE LA PALABRA Y DEL TESTIMONIO

Después del estudio de estos textos creí que debía dedicar mis esfuerzos a la comprensión de la sacramentalidad que se concreta alrededor de la fe, y me di cuenta de que esta sacramentalidad comportaba la mirada hacia el pasado, hacia aquello que Dios había hecho en la historia de la salvación llegando a la acción definitiva pascual en Jesús. Sólo podía ser posible esta mirada si se dirigía a la Sagrada Escritura, a este tesoro que guarda la Iglesia para ofrecerlo a cada creyente con la convicción de que ahí es donde va a encontrar el secreto de la acción sagrada de Dios. Y me di cuenta de que esto es lo que había ocurrido en el mismo proceso de conversión y llegada a la vida cristiana de Agustín cuando en el momento en el que la Iglesia lo llama para el servicio de la predicción en el ministerio ordenado presbiteral, por obra de Valerio, el obispo de Hipona, él descubre que no conoce lo suficiente esta Palabra salvadora y que debe dedicarse a su estudio afanosamente.<sup>6</sup> La Palabra goza de sacramentalidad. Cuantas conse-

---

<sup>6</sup> Así lo dice en la Carta 21 que dirige al obispo Valerio: «Y si Dios no lo hizo para condenarme, sino para compadecerme –confío en eso con certeza, por lo menos ahora que conozco mi debilidad–, debo examinar todas las medicinas

cuencias derivan de ello para la función magisterial de la Iglesia, y conforman la predicación, la homilía como la labor más acuciante de la acción pastoral y litúrgica de la Iglesia.

Fruto de estas reflexiones publiqué un artículo<sup>7</sup> analizando la Carta 21 del epistolario agustiniano, aquella en la que pide a su obispo Valerio que le conceda el tiempo suficiente para poder estudiar y aprender a fondo la Escritura dado que ahora tendrá que predicarla al pueblo fiel. La Palabra es sacramental, la predicación, la homilía son también sacramentales. La oratoria que había estudiado y de la que llegó a ser máximo rétor, un gran maestro, ahora encontraba su verdadera razón de ser, porque Dios se ha hecho Palabra encarnándose en Jesús. Esta Palabra proclamada y predicada, puesta en el corazón de la celebración cristiana, sirve para fortalecer la fe en los acontecimientos pasados que Dios ha establecido a favor del hoy del creyente.

Mientras «amemos a Dios y al prójimo», seguía diciendo el resumen lapidario de Agustín. Porque la consecuencia inmediata de haber recibido la Palabra sacramentalmente tiene que ser una vida vivida en el amor a Dios y al prójimo. También dediqué esfuerzos a este estudio y las circunstancias me llevaron a analizar a fondo los Sermones 355 y 356, aquellos en los que muy al final de su vida, el obispo Agustín, que se ha visto envuelto en un engaño, digamos económico, por parte

---

contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura, para que mi alma logre una salud idónea para tan peligrosas ocupaciones. Antes no lo hice, porque no tuve tiempo; precisamente fui ordenado cuando planeaba un tiempo de retiro para estudiar las divinas Escrituras, y quería arreglarme para lograr tiempo libre para esa ocupación. Aún no conocía bastante mis deficiencias para ese empeño, que ahora me atormenta y aterra. Los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para administrar al pueblo el sacramento y la palabra de Dios. Pero ahora no puedo adquirir lo que comprendo que me hace falta. ¿Es que quieres que yo perezca, padre Valerio? ¿Dónde está tu caridad? ¿Es cierto que me amas? ¿Es cierto que amas a la misma Iglesia, a la que quisiste que yo atienda? Sin duda que nos amas a mí y a ella, pero ya me crees idóneo; yo, en cambio, me conozco mejor, y aún no me conocería yo mismo si no me hubiese aleccionado la experiencia» (*Ep. 21,3*). Véase, J. TORRA, «Criteris en la vida pastoral d'Agustí a Hipona la Reial. Petit comentari de la Vida de Sant Agustí escrita per Possidi. Lliçó inaugural del curs acadèmic 2004-2005 al CEP, Centre d'Estudis Pastorals de les diòcesis catalanes», *Quaderns de Pastoral* 195 (2004) 15-47.

<sup>7</sup> «La Carta 21 de sant Agustí. La sacramentalitat de la Paraula», RCatT 45/1 (2020) 121-138.

de un presbítero de su comunidad –también de nombre Jenaro– que ha hecho testamento cuando la condición única de entrada en esta comunidad monástica agustiniana es la pobreza absoluta convencidos de que la única riqueza es Dios, enfrenta esta cuestión sin paliativos con su comunidad diocesana. Agustín –les dice– se dispone a hacer una encuesta con todos y cada uno de los miembros de su comunidad, cosa que anuncia en el primer sermón, mientras que en el segundo da cuenta del resultado de ésta explicando la situación de cada uno de sus miembros. El obispo predicador y maestro comunitario se ha sentido engañado, se había fiado del testimonio que le habían dado y se ha sentido traicionado. Pero esto no es lo grave, lo más grave es que ello provoca una falta del testimonio de pobreza, y en consecuencia de la verdad de la comunidad en relación con la Iglesia, con lo cual los cristianos fieles se encuentran que no pueden aducir para nada el testimonio evangélico visible de sus clérigos y ello provoca que su mismo testimonio y su llamémosle evangelización se vea perturbada por esta falta de testimonio. Se ha faltado al amor, al amor a Dios y al prójimo. Porque este testimonio es sacramental, goza de sacramentalidad. Se lee, se estudia, se vive de la Palabra para vivir en el amor, en el fuego del amor de Dios en el corazón que tiene que descansar en Dios y sólo en él.

Estos textos nos brindan la belleza de la descripción de la comunidad de Agustín de su comunidad monástica que vive sólo de la Palabra, inmersa en el Palabra, y que se prepara para el ejercicio de la predicción, pero que sabe que ella misma, su vida, su testimonio tienen que ser sacramento del Reino de Dios que predica y que ha iniciado Jesús en el evangelio. El testimonio de la caridad es sacramental. También sobre ello publiqué un artículo analizándolo.<sup>8</sup> Nos ayuda a conocer mejor todo ello la obra escrita por Posidio en la que nos relata la Vida del santo hiponense.<sup>9</sup>

Podía considerar de alguna forma que ya había analizado la sacramentalidad en la Pascua y fruto de ella la sacramentalidad de la

<sup>8</sup> «Els sermons 355 i 356 de sant Agustí. La sacramentalitat del testimoni», RCatT 47/1 (2022) 125-173.

<sup>9</sup> *Vita sancti Augustini*, PL 32,33-66. Cf. P. VICTORINO CAPÁNAGA, *Obras de San Agustín*, vol. I, Madrid, BAC 51979, 303-365.

Palabra y la del testimonio, es decir, de la caridad. De alguna manera creía que ya había completado los aspectos de la sacramentalidad que derivaban del texto inicial de Agustín.

### 3. SE CONSUMA EN LA ESPERANZA

Sin embargo, las circunstancias me llevaron a darme cuenta de que faltaba un aspecto fundamental: el de la esperanza. Porque Agustín había dicho «en la esperanza de la vida eterna». Recordémoslo.

Este tránsito lo realizamos actualmente por la fe que se da en nosotros para la remisión de los pecados en la esperanza de la vida eterna, mientras amemos a Dios y al prójimo (*Ef. 55,2,3*).

Antes hemos indicado ya que a esta afirmación seguía un razonamiento basado en una concatenación de textos paulinos que, curiosamente comportan una detenida reflexión sobre la esperanza:

Por razón de esta fe, esperanza y caridad, con que empezamos a estar bajo la gracia, estamos ya muertos con Cristo y sepultados en El, por el bautismo. [...] Nuestro tránsito de la muerte a la vida se realiza ahora por la fe y se consuma por la esperanza de la resurrección y gloria que acaecerán al fin. [...] Eso es lo que espera para el fin de los tiempos la Iglesia universal, que se encuentra en la peregrinación de la mortalidad; eso es lo que se le dio a entender de antemano en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que es el primogénito de los muertos, ya que su cuerpo, del que Él es cabeza, no es otro que la Iglesia (*Ef. 55,2,3*).

«Se realiza ahora», pero «se consuma... al fin». La fe es la que nos lleva a creer que efectivamente se realiza ahora, en este mismo momento, cosa que tiene particular importancia cuando se trata de una celebración realizada como sacramento: ¡es ahora! Pero este ahora, este *nunc*, nos aboca inmediatamente a ser conscientes de que su realización plena, su consumación, se producirá «al fin». La fe nos aboca a la esperanza, pero la esperanza proviene de una fe antecedente. Ambas deben tener su arraigo sólido en los acontecimientos salvadores pasados que culminan en la vida de Cristo. El conocimiento de estos hechos

lo tenemos a partir de la Palabra transmisora que nos proporciona la Iglesia, y tienen que ser correctamente comprendidos en su significación profunda para poder vivir la tensión de la realización plena que nos llevará al eterno descanso reposado de la contemplación plena del misterio que nos ha dado vida nueva.

La fe necesita la esperanza hasta el punto de confundirse con ella. La esperanza parte de la fe y en ella encuentra su contenido. Se cree en lo pasado convencidos de que aquello es de lo que gozaremos en el futuro. Por ello no esperamos cualquier cosa. No esperamos sin tener una cierta pregustación de aquello que esperamos y que hemos presencializado en la celebración. La consecuencia es una vida en la caridad, porque sólo el amor permite tener esperanza porque sólo el amor puede gozar de eternidad.<sup>10</sup>

Con todo ello estamos diciendo con Agustín que los sacramentos en la Iglesia van más allá de cualquier estudio de signos<sup>11</sup> como los que estaba acostumbrado cuando como buen maestro de retórica sabía descifrarlos y ponerlos al descubierto, e incluso a los que estaban habituados los judíos en sus celebraciones que de alguna forma también presencializaban acontecimientos salvadores de Dios para con su pueblo.

La esperanza cristiana que está proponiendo la Iglesia enraíza en una acción salvadora única por parte de Jesús –su muerte y resurrección– que se presencializa en el momento presente de la celebración –la Pascua, el Bautismo, la Eucaristía...– pero que lleva a vivir en tensión escatológica pendiente de la realización plena, la consumación total en el Reino de los cielos que la Iglesia espera gracias a la promesa de Jesús: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20). Nunca se había producido una dinámica sacramental parecida; no podía producirse. Cualquier esperanza terminaba en un horizonte histórico más o menos próximo y como tal contingente. Sólo la esperanza cristiana nos aboca a parti-

<sup>10</sup> No es extraño que de la pluma de Agustín salgan reflexiones filosóficas muy densas sobre el valor del tiempo, como el libro XI de las *Confesiones*. Pero no podemos adentrarnos ahora en este estudio. Véase JOHN M. QUINN, O.S.A., «Tiempo», en A. D. FITZGERALD (dir.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Burgos: Monte Carmelo 2001, 1264-1272.

<sup>11</sup> Cf. J. TORRA, *La sacramentalidad...*, 91-130.

cipar de la resurrección de Jesús, de su paso salvador que abre a una vida nueva para el momento escatológico pero que permite vivir ya ahora de y en esta vida nueva gracias a la iniciación cristiana que culmina en la celebración del Cuerpo y Sangre del Señor que la actualiza permanentemente.

Ha nacido un nuevo tipo de signo que tendrá que ser continuamente profundizado para poder ser propuesto a la recepción santa que requiere e implica esta celebración *in sacramento*. Hemos ido con Agustín mucho más allá de lo que podía haber previsto incluso un orden de signos que se inscribiera en la denominada *historia salutis* conocida porque el acontecimiento pascual salvador característico de la sacramentalidad cristiana es único e irrepetible.

A lo largo de todo el texto de la carta 55 que nos ocupa la esperanza es recurrente y en momentos cruciales:

Esta renovación de nuestro vivir es un cierto tránsito de la muerte a la vida, tránsito que se realiza primero por la fe, para que nos gocemos en la esperanza y seamos pacientes en la tribulación, mientras nuestro hombre exterior se sigue corrompiendo, en oposición al interior, que se renueva de día en día (*Ep. 55,3,5*).

Ahora caminamos en fe y en esperanza de lo que, como arriba expliqué, tratamos de alcanzar con el amor: un santo y perpetuo descanso de toda fatiga y de toda molestia. A ese descanso hacemos desde esta vida el tránsito, que nuestro Señor Jesucristo se dignó anunciar y consagrar en su pasión. En aquel descanso no reina una pereza desidiosa, sino una inefable tranquilidad de la actividad reposada (*Ep. 55,9,17*).

Estas son, en verdad, obras buenas, pero laboriosas: su galardón es el descanso. Se dice «gozando en esperanza» para que, pensando en el descanso futuro, nos ejercitemos con alegría en los trabajos; tal alegría está significada en la anchura de la cruz, en el brazo transversal, en que se clavan las manos, Porque las manos significan la actividad, y por anchura entendemos la alegría del que trabaja, ya que la tristeza produce angosturas. La altura de la cruz, o palo en que cae la cabeza, significa la esperanza del galardón de la sublime justicia de Dios, *quien dará a cada uno según sus obras; dará la vida eterna a los que buscan la gloria, el honor y la incorrupción en la tolerancia de la actividad buena* (*Rom 2,6-7*) (*Ep. 55,14,25*).

Hasta llegar a decir casi al final del texto de la carta que es cierto que la esperanza, esta esperanza cristiana de horizonte eterno, lleva inevitablemente a la caridad, pero al mismo tiempo es la característica imprescindible para que un signo sea considerado sacramental.

Pero creo que no es estéril la esperanza que pongo en el nombre de Cristo, porque no sólo he creído a mi Dios, que me enseña que en dos preceptos se encierran la Ley y los Profetas, sino que lo he experimentado y lo experimento cada día: siempre que descubro algún sacramento o alguna palabra muy oscura de las sagradas letras, hallo los mismos preceptos: *El fin del precepto es la caridad del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida* (1Tim 1,5). Y también: *La plenitud de la ley es la caridad* (Rom 13,10) (*Ep. 55,21,38*).

#### 4. EL JUBILEO, PEREGRINOS DE ESPERANZA

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, la reflexión sobre la esperanza cristiana como categoría sacramental en Agustín o, si se prefiere, el análisis de la sacramentalidad de la esperanza cristiana que Agustín formula, me sobrevino a partir de las reflexiones que en la propuesta jubilar de este año 2025 se nos invitaba a hacer a la Iglesia universal y que me llevaron a descubrir incluso una actualidad manifiesta en las reflexiones a las que ya nos habíamos habituado con Agustín.

Efectivamente. Uno de los últimos actos del papa Francisco fue publicar el 9 de mayo de 2024 la Bula de convocatoria del Jubileo Ordinario del año 2025, *Spes non confundit*, con la reflexión justificativa del porqué ponía la esperanza como lema de este año, una «esperanza que no defrauda», siguiendo la frase de Pablo en la carta a los Romanos (5,5). La descripción de la necesidad de ser apóstoles de esperanza con acciones concretas es muy diáfana.

Y, porque el texto mismo remite a él, releí la carta encíclica *Spe salvi* del papa Benedicto XVI, del año 2007, y recuperé especialmente el número 2, impactado nuevamente por la cita que hace de la carta a los Efesios 2,12: «Viváis sin esperanza y sin Dios en el mundo».

Merece la pena, por su densidad, transcribir entero el texto del número 2 de la encíclica *Spe salvi*, que lleva como subtítulo: «La fe es esperanza». Dice:

Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, «esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Así, la Carta a los Hebreos une estrechamente la «plenitud de la fe» (10,22) con la «firme confesión de la esperanza» (10,23). También cuando la Primera Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el logos –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), «esperanza» equivale a «fe». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (Ef 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. «*In nihil ab nihilo quam cito recidimus*» (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos), dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (1Ts 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta

hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

Efectivamente. El papa Benedicto constata con su indudable autoridad que en el lenguaje bíblico las palabras «fe» y «esperanza» son intercambiables, y en este contexto sitúa la cita de 1Pe 3,15 aquella en la que se invita a estar siempre prontos a dar razón de nuestra esperanza (de nuestra fe). El creyente cristiano sabe que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío porque sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente, afirma. En consecuencia el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. Verdaderamente sacramental desde una teología plenamente actual.

Pero, a pesar de todo ello, mi reflexión se centró de manera especial en la afirmación de Pablo a los Efesios, una afirmación que, sin haber pasado desapercibida antes, seguro que vivificaba ahora muchísimo la categoría esperanza.

Entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz (Ef 2,12-14).

No tener a Dios es no tener esperanza. No tener esperanza es no tener a Dios. Los dioses de aquel tiempo en el paganismo, los de hoy, innumerables, los dioses de siempre, no pueden aportar esperanza. No pueden acompañar, no pueden sostener, no pueden acoger, carecen de historia.

El Dios del judaísmo evidentemente tiene historia, historia de salvación, pero no puede llevar a la salvación plena, porque su acción queda aquí, en la intrahistoria, es inmanente y por lo tanto su exigencia es ética.

Por eso es necesario que la salvación vaya más allá, trascienda la historia, «pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo

que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia» (Rom 8,24-25).<sup>12</sup> Es esta esperanza, la esperanza cristiana, la que se nos ha revelado desde Agustín como necesaria para que la vida del creyente pueda ser vivida abierta al horizonte de Dios y no quede reducida a las simples dimensiones humanas.

La reflexión del papa Benedicto en *Spe salvi* y ahora la llamada del papa Francisco en *Spes non confundit* invitan a descubrir de nuevo que la fe cristiana no es sólo un recuerdo del pasado, que puede vivificar el presente, sino que tiene que llegar a la esperanza. Dicho de otra forma. Tenemos que ser portadores de esperanza en nuestro mundo y no sólo portadores de fe, aunque tenemos que empezar por esta fe con su contenido salvador.

Efectivamente, la experiencia humana conduce a descubrir que lo que ocurre en el presente de la vida a menudo esclaviza, que no permite vivir en plena libertad ni con la dignidad a la que nos sentimos y nos sabemos llamados. Las mismas situaciones de la vida por ser opresoras nos empujan a la libertad. Siempre ha ocurrido más o menos así. La fe nos hacía creer que esta liberación sería posible y trabajábamos para hacerla real. La llamada paradigmática de Dios a Moisés narrada en el capítulo 3 del libro del Éxodo lo describe maravillosamente:

El Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra. [...] Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel». Moisés replicó a Dios: «¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?». Respondió Dios: «Yo estoy contigo» (Ex 3,7-8.10-12).

Y el éxodo se produjo por obra y gracia de Dios. La fe invita siempre a dirigir esta mirada al pasado para recordar que esto es lo que Dios quiere para siempre.

---

<sup>12</sup> Seguimos estando en las citas paulinas de la *Ep. 55,2,3* de Agustín.

## 5. SÓLO LA ESPERANZA TIENE FUTURO

A menudo uno tiene hoy la impresión –quizás la certeza– de que la peor crisis antropológica de nuestro mundo es que hemos cerrado el paso a la esperanza: «nosotros esperábamos que..., pero...», dicen con dureza aquellos caminantes de Emaús (cf. Lc 24,13-35) a quien los acompaña, y añaden que están en situación de cansancio, de desengaño.<sup>13</sup> Su crisis no es de fe porque conocen perfectamente bien la Palabra, su crisis es de esperanza. La paradoja es que lo que se pide a su, a nuestra fe, es precisamente que estemos «dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1Pe 3,15). Ya sabemos que fe y esperanza son intercambiables –lo decíamos hace poco–, pero con matices que hoy se manifiestan muy distintos.

En un mundo con paradigmas totalmente nuevos y por ello mismo desconocidos, en ese cambio de época<sup>14</sup> en el que la IA, la Inteligencia Artificial, parece ser el paradigma tal como lo manifestó el papa León recién elegido,<sup>15</sup> lo que hace falta es esperanza. Esta esperanza de lo más profundo del corazón nunca podrá derivar de esta IA. Nunca la

---

<sup>13</sup> Volveremos inmediatamente sobre este paradigmático texto evangélico a partir de un sermón del predicador de Hipona.

<sup>14</sup> Así lo remarca el papa Francisco y se repite constantemente. En la Carta apostólica, en forma de *motu proprio*, *Ad theologiam promovendam*, de 1 de noviembre de 2023, en el n.º 1 dice: «Para promover la teología en el futuro no podemos limitarnos a volver a proponer, de manera abstracta, fórmulas y esquemas del pasado. Llamada a interpretar proféticamente el presente y a vislumbrar nuevos itinerarios para el futuro, a la luz de la Revelación, la teología deberá afrontar profundas transformaciones culturales, consciente de que: “Lo que estamos viviendo no es simplemente una época de cambios, sino un cambio de época” (*Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2019).»

<sup>15</sup> Así lo expresó el papa León en el Discurso al Colegio cardenalicio, el día 10 de mayo de 2025, el siguiente a su elección: «Precisamente, al sentirme llamado a proseguir este camino, pensé tomar el nombre de León XIV. Hay varias razones, pero la principal es porque el Papa León XIII, con la histórica Encíclica *Rerum novarum*, afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial y hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo.»

esperanza puede ser una acumulación o combinación de datos; siempre es algo más.

Hoy, sin embargo, el momento presente nos hace vivir en lo que se ha venido en llamar como «un cierto mareo existencial» sometidos como estamos a una especie de ingratidez porque no tenemos dónde poner los pies con firmeza; porque aparentemente todo pasa con una rapidez inusitada e insospechada, todo se convierte en relativo, porque no hay estructura, ni esqueleto, ni fundamento de nada. Todo es líquido o gaseoso, se dice. Nada dura, nada tiene futuro; todo está destinado a desaparecer sustituido por algo aparentemente mejor o más eficaz. Hoy cualquier cosa es así, como podría ser de otra manera, y nos invita a darnos cuenta de que nada es definitivo. Nuestra experiencia cotidiana nos lo confirma. Nunca lo hubiéramos podido pensar, ni prever.

En esta situación hoy nuestro corazón reclama con insistencia poder vivir la vida con sentido, con solidez, con firmeza, deseando saber dónde poner los pies para gozar de cierta seguridad en la vida. No sabemos vivir sin fundamento, sin estructura, sin esqueleto. Reencontramos nuevamente lo del corazón inquieto de Agustín y lo repetimos con deleite:

Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti (*Conf. I,1,1*).

Es entonces cuando volvemos a darnos cuenta de que sólo la esperanza nos proyecta al futuro sin hacernos evadir del presente. Y lo hace a partir del pasado. La esperanza vuelve a liberarnos del presente –lo que ya había empezado a hacer la fe– para ayudarnos a vivir en el futuro y relativizar la servidumbre gaseosa del momento presente.

Es esto lo que nos permite movernos con firmeza, con solidez, con estructura, porque el fundamento no lo tenemos en el aquí inexistente sino en el pasado acaecido ya que nos proyecta hacia el futuro real y existente, que no es una ilusión.

Al final éste es el memorial del pasado. Aquel al que ya invitó Dios desde el primer éxodo liberador, para hacer cada año la cena pascual en la que sólo tiene que estar presente quien crea –la fe– que Dios libe-

ra de la servidumbre del presente y esté dispuesto a caminar hacia el futuro –la esperanza– donde Dios le espera.

Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor (Ex 12,11-12).

Ya aquella celebración es, por tanto, memorial del pasado y anuncio del futuro. ¡Porque la fe se resuelve en esperanza! Éste debe ser el sentido del texto de la carta de Pedro que ya hemos citado, pero que ahora queremos repetir entero:

¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. Pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal (1Pe 3,13-17).

¡No debemos ser depósitos de fe! ¡Hay que ser portadores de esperanza! Y la esperanza debe hacernos de motor de vida en la caridad. Y nos permite vivir en plenitud y totalidad el mundo presente tal y como es sin quedar absorbidos, ni diluidos, ni desintegrados. Sin embargo, todo esto nos es dado, no deriva de nuestra ilusión o imaginación.

La esperanza nos hace superar el feroz individualismo del momento presente. Nos aboca a la comunidad. Nos hace lo suficientemente humildes para aceptar que lo más importante de nosotros, no viene de nosotros: nos es dado, desde la creación hasta la consumación de todo en positivo. Todo nos viene de los demás, y finalmente del Otro. Por eso existe la Iglesia: para ser transmisora de esta Buena Noticia: la vida tiene sentido!

Ésta debería ser la pastoral de hoy y de siempre: ser portadores de respuestas esperanzadas, ayudando a aceptar las preguntas y a formularlas, en diálogo, sinodalmente, con una espiritualidad que sea comunitaria y sacramental y que por tanto la celebra con calidad, porque el protagonista ya no somos nosotros, es Aquél que nos da esperanza: Dios mismo revelado. Esto lo vivimos en comunidades cálidas esperanzadas y esperanzadoras. Porque la Iglesia es el sujeto que ahora celebra una cena pascual nueva, la Eucaristía, que se proyecta en la esperanza definitiva y nos incorpora constantemente al tránsito de muerte a Vida plena en Cristo Jesús. ¡Todo se resuelve en la Eucaristía, como en Emaús!

## 6. LA ESPERANZA EN EL CORAZÓN DE EMAÚS: EL SERMÓN 234

Y volví nuevamente la mirada a Agustín llevando conmigo las reflexiones que la propuesta jubilar de la esperanza proponía para nuestro mundo tan cambiante. Y, más allá del texto de la Carta 55 que había motivado el análisis sobre la sacramentalidad de la Pascua y con ella de la Palabra, del testimonio y –ahora veíamos– de la esperanza, así como para la Palabra el texto clave fue la *Carta 21* y para el testimonio lo fueron los *Sermones 355 y 356*, ahora dirigí la mirada a los sermones que el Agustín pastor de su comunidad había predicado sobre el texto de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús, narrada en Lucas 24,13-35 y proclamada la semana de Pascua. La pregunta sobre la esperanza que ya veíamos antes ahora pasaba a ser crucial. Centré mi atención en el *Sermón 234*.<sup>16</sup> Era perfectamente consciente de que, a diferencia del método usado para los textos anteriores, ahora me disponía a interpretar el texto desde la categoría sacramentalidad ya adquirida como clave de comprensión del texto agustiniano.

---

<sup>16</sup> PL 38,1115-1116. Publicado en: PIÓ DE LUÍS, *Traducción y notas*, en: *Obras completas de San Agustín XXIV. Sermones (4º) 184-272B. Sermones sobre los tiempos litúrgicos*, Madrid: BAC 447, 1983, 413-418. En este mismo volumen se encuentran otros sermones predicados sobre el texto de Emaús que van desde el número 234 al 236A además del 241. Es imprescindible el magnífico estudio de S. POQUE, *Introduction, texte critique, traduction et notes*, en: AUGUSTIN D'HIPPONE, *Sermons pour la Pâque* (Sources Chrétiennes 116), Paris: Les Éditions du Cerf 1966.

El obispo empieza el sermón predicado en uno de los días de la semana pascual, probablemente el martes, con una indicación por una parte litúrgica y por otra de formación bíblica. Explica que los días de esta semana se leen las apariciones de Jesús resucitado y aprovecha la ocasión para volver a insistir en la diferencia y complementariedad que se da entre los evangelios. Justifica que los dos de Emaús no son de los Doce pero son del círculo de los discípulos y que sólo es Lucas quien lo cuenta detalladamente mientras que Marcos (16,2-13) lo cita como de paso (*S. 234,1*).

Hecha esta introducción el predicador se pregunta el motivo por el cual tiene tanta importancia el texto evangélico.

¿Por qué nos detenemos en esto, hermanos? Aquí se construye el edificio de nuestra fe en la resurrección de Jesucristo. Ya creímos cuando hemos escuchado el evangelio; creyendo ya, hemos entrado hoy en este templo y, sin embargo, no sé cómo, se escucha con gozo lo que refresca la memoria. ¿Cómo es que queréis que se alegre nuestro corazón, cuando nos parece que somos mejores que aquellos que iban de viaje y a los que se apareció el Señor? (*S. 234,2*).

No podía ser de otro modo. Describe como en la celebración «se escucha con gozo lo que refresca la memoria»; estamos en el primer momento necesario para que la celebración sea *in sacramento*. E inmediatamente invita a descubrir el significado oculto a partir de la identificación de cada creyente con aquellos discípulos del relato. La Palabra proclamada promueve la fe en los hechos acaecidos en el pasado e ilumina el presente de la vida. Pero la pregunta acuciante es por la esperanza.

Creemos lo que ellos aún no creían. Habían perdido la esperanza, mientras que nosotros no dudamos de lo que ellos sí. Una vez crucificado el Señor, habían perdido la esperanza; así resulta de sus palabras. [...] Nosotros esperábamos. Esperabais: ¿ya no esperáis? ¿A eso se reduce toda vuestra condición de discípulos? Un ladrón en la cruz os ha superado: vosotros os habéis olvidado de quien os instruía; él reconoció a aquel con quien estaba colgado. Nosotros esperábamos. ¿Qué esperabais? Que él redimiría a Israel. La esperanza que teníais y que perdisteis cuando él fue crucificado, la conoció el ladrón en la cruz.

Dice al Señor: «Señor, ¡acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!» (Lc 23,42). Ved que era él quien había de redimir a Israel. Aquella cruz era una escuela; en ella enseñó el Maestro al ladrón. El madero de un crucificado se convirtió en cátedra de un maestro. Quien se os entregó de nuevo, devuélvaos la esperanza. Así se hizo. Recordad, amadísimos, cómo el Señor Jesús quiso que lo reconocieran en la fracción del pan aquellos cuyos ojos estaban incapacitados para reconocerlo. Los fieles saben lo que estoy diciendo; conocen a Cristo en la fracción del pan. No cualquier pan se convierte en el cuerpo de Cristo, sino el que recibe la bendición de Cristo. Allí lo reconocieron ellos, se llenaron de gozo, y marcharon al encuentro de los otros. Los encontraron conociendo ya la noticia; les narraron lo que habían visto, y entró a formar parte del evangelio. Lo que dijeron, lo que hicieron, todo se escribió y llegó hasta nosotros (*S.* 234,2).

Habían perdido la esperanza; la habían perdido porque su esperanza no era todavía sacramental. Estaba tan unida a una fe del pasado que cuando Jesús es crucificado, con su muerte, muere también su esperanza, porque ha muerto su fe. Su seguimiento de Jesús ha llegado hasta la cruz. Pero, «aquella cruz era una escuela; en ella enseñó el Maestro al ladrón. El madero de un crucificado se convirtió en cátedra de un maestro». Una nueva enseñanza, un horizonte nuevo, una nueva vida resucitada. Un paso inimaginable de muerte a Vida.

Este es el sentido profundo que ha aprendido desde su cruz el ladrón y por ello ha recibido la promesa del Señor de transitar a Vida nueva. Esta es la verdadera esperanza, la esperanza que hemos llamado sacramental, la única esperanza. Esta es la esperanza que se presencializa en la fracción del pan, que conmemora el pasado y abre a la esperanza definitiva que debe ser recibida santamente en una vida en la caridad. Sin embargo de ello sólo son conscientes los fieles, mientras que los catecúmenos lo están aprendiendo de una manera especial estos días en estas predicaciones que pasan a ser verdaderas catequesis mistagógicas desde el recuerdo evangélico actualizado en la celebración litúrgica sacramental.

El predicador ya puede ser explícito y exhortar vivamente a tener esta fe llena de esperanza sacramental, porque es esta esperanza la que distingue, además de los que todavía no son fieles, de los paganos que

al no tener Dios no pueden tener esperanza y de los judíos cuya esperanza queda circunscrita en esta historia, e incluso de los demonios que identifican al Hijo de Dios pero no lo confiesan como tal.

Creamos en Cristo crucificado, pero en el que resucitó al tercer día. Esta fe, la fe por la que creemos que Cristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos y de los judíos. [...] Pero sea vuestra fe la de los cristianos, no la de los demonios. Ved que os presento una distinción; una distinción mía, pero que os la propongo según la gracia que Dios me ha dado. Una vez que la haya establecido, elegid y amad. Yo dije: «Esta fe por la que creemos que Jesucristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos». Pregunta a un pagano si fue crucificado Cristo. Te responde: «Ciertamente». Pregúntale si resucitó, y te lo negará. Pregunta a un judío si fue crucificado Cristo, y te confesará el crimen de sus antepasados; confesará el crimen en el que él tiene su parte. En efecto, bebe lo que ellos le dieron a beber: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27,25). Pregúntale, sin embargo, si resucitó de entre los muertos; lo negará, se reirá y te acusará. Somos diferentes. (S. 234,3)

«Somos diferentes», va repitiendo el predicador. Aquella esperanza sacramental diferencia la fe cristiana porque la proyecta hasta la eternidad en Dios; de otra forma no sería sacramental. La conclusión de Agustín no podía ser otra que el apremio a vivir en el camino de la vida de forma que el corazón esté ardiendo de amor. ¡Esta es nuestra esperanza!

Como nos distinguimos en la fe, distingámonos de igual manera por nuestras costumbres y por nuestras obras, inflamándonos de la caridad de que carecían los demonios. La caridad es el fuego que hacía arder a aquellos dos discípulos por el camino (S. 234,3).

La esperanza corona el ciclo sacramental.

JOAN TORRA BITLLOCH

